

segura y extensiva á muchos conjurados, habia dado ya sus disposiciones para sorprenderlos en el mismo acto. Pero estas mismas disposiciones que no pudieron ser tan secretas, ó algun otro indicio, les hicieron conocer que se hallaban descubiertos, y el terror se apoderó de todos. Onofre Exarque, viendo comprometida no solo su hacienda sino su vida, propuso encarecidamente á CERVANTES que él daría desde luego la suma pedida para su rescate, suplicándole con las mayores véras que aceptase el partido, y salvándose á sí mismo le librase de aquella angustiosa situacion. Tentadora era la propuesta; pero no era CERVANTES hombre para abandonar á sus amigos, de cuya constancia en la tortura no podia responder como de la suya propia. Tranquilizó al mercader, asegurándole que nada sería capaz de arrancarle una sola palabra: por de pronto y con el fin de ver cómo las cosas se encaminaban huyó del baño, acogiéndose bajo el amparo de un antiguo camarada, el alférez Diego Castellano. Mas pocos dias despues oyó publicar por las calles de Arjel el pregon que declaraba su fuga, é imponia pena de la vida á quien le ocultase; y no queriendo que nadie padeciera por su causa, y mucho ménos su generoso amigo y encubridor, salió al momento de su asilo, y juntándose al paso con Morato Ræz, por sobrenombre Maltrapillo, renegado murciano y amigo del Rey, se presentó impávido á este para que dispusiese de su vida. Irritado Azan mandó atarle las manos atras y ponerle un cordel á la garganta, como para ahorcarle, si no confesaba. Nada bastó para que nombrase á persona alguna: echó toda la culpa sobre sí y sobre otros cuatro caballeros que estaban ya en libertad, hasta que cansado Azan de sus inútiles pesquisas, ó vencido á los ruegos de su amigo Morato, ó cediendo á la fascinadora influencia de un esclavo cuya superioridad no podia ménos de reconocer, dispuso que le encerrasen en la cárcel de moros que estaba en su mismo palacio, y desterró á Giron al reino de Fez. Así terminó esta tentativa desgraciada, que como las anteriores hubiera podido serlo mas, sin una misteriosa disposicion de la Providencia.

Pero los designios de CERVANTES no se limitaban á recobrar su propia libertad y la de sus compañeros de infortunio. En el largo tiempo que medió entre la sorpresa de la cueva y la segunda tentativa de escaparse por Orán, meditaba otro proyecto mas grande, que á tener resultado, cambiara sin duda la faz de los negocios del mundo, apresurando la civilizacion del Africa septentrional. Aspiraba nada ménos que á alzarse con Arjel para entregarlo á Felipe II. La muchedumbre de esclavos cristianos amontonados en aquellas mazmorras, que pasaban entónces de veinte y cinco mil, la mayor parte hombres esforzados y embravecidos por la desesperacion; el descontento de los mismos habitantes, oprimidos por Azan, y provocados por sus locuras y crueldades; la escasez y carestía de las vituallas, cuyo monopolio se habia reservado el Rey; las enfermedades epidémicas producidas por el hambre y la falta de aseo, y finalmente, el terror general en vista de los armamentos que preparaba la España con apariencia de intentar un desembarco, eran circunstancias bastantes para disminuir el concepto de temeridad que á tamaña empresa podia atribuirse. De estas complicaciones quiso aprovecharse CERVANTES, urdiendo una vasta conspiracion que con la cautela necesaria dirigia, hasta que sabido el objeto de los preparativos de la España, que se destinaron despues á la expedicion de Portugal, calmadas por este lado las inquietudes de los arjelinos, perdidas las esperanzas de apoyo exterior, y mejorada la situacion del país con alguna mayor abundancia, se desvanecieron todas las probabilidades de buen éxito, y hubo que abandonar el plan. El P. Haedo, autor contemporáneo, en su historia y topografía de Arjel atribuye esta contrariedad á traiciones y abusos de confianza. *Si á su ánimo, industria y trazas correspondiera la fortuna (dice hablando de CERVANTES), hoy fuera el dia que Arjel fuera de cristianos, porque no aspiraban á ménos sus intentos.... De su cautiverio y hazañas se pudiera hacer una particular historia. Y si no le descubrieran y vendieran los que le ayudaban, dichoso hubiera sido su cautiverio, con ser de los peores que en Arjel habia.* Por esto solía decir Azan, que como él tuviese guardado al estro-

peado español, tenia seguros sus cristianos, bajeles y aun toda la ciudad: tanto era (añade el mismo escritor) lo que temia las trazas de MIGUEL DE CERVANTES.

Miéntas en tales proyectos andaba ocupado, sus desvalidos padres, arruinados ya con el rescate de su mayor hermano, continuaban las diligencias para obtener el de MIGUEL. Con este fin buscaron documentos con que hacer constar sus servicios. D. Juan de Austria, que de ellos habia sido testigo y justo apreciador, habia muerto ya; el duque de Sesa dió una certificacion en que muy expresivamente los encarecia, y los declararon judicialmente ante la autoridad muchas personas que habian presenciado sus hazañas en el ejército y en el cautiverio. Entre estos pasos vino á fallecer agoviado por tantas pesadumbres su padre Rodrigo, cuya viuda D.^a Leonor de Cortinas los continuó sin descanso con todo el amor de una madre, hasta que ayudada de su hija D.^a Andrea pudo entregar á los religiosos de la órden de la Trinidad trescientos ducados, cantidad que distaba mucho todavia de la que exigia el codicioso berberisco. Una persona piadosa (y no callemos el nombre de un bienhechor de la humanidad), Francisco Caramanchel, doméstico de un consejero, dió cincuenta doblas; otras cincuenta se le aplicaron de la limosna general de la órden Redentora. Esperaban completar la partida con la gracia que se habia solicitado del Rey, cuyo gobierno, despues de las dilaciones y viciosos trámites que tambien entónces seguian los expedientes, y conforme al ridículo sistema de arbitrios particulares para cada objeto, de que aun ahora nos quedan resabios, concedió por toda merced un permiso para exportar de Valencia á Arjel por valor de dos mil ducados de mercaderías no prohibidas. Se trató de negociar el privilegio, y nadie ofreció por él mas de sesenta ducados: probablemente importarian mas los derechos curiales para la expedicion de la cédula, que por este motivo no se sacó. Nada tuvo CERVANTES que agradecer en esta ocasion á los que despues llevaron constantemente la ingratitud hasta la tenacidad.

Por este tiempo, en mayo de 1580, los padres de la Santísima Trinidad, provistos de algunos fondos de la Orden y de particulares, llevaron á Arjel el estandarte de la Redencion. Este sagrado instituto, lo mismo que el de la Merced, prestó por espacio de largos años eminentes servicios á la causa de la humanidad indignamente ultrajada. Cuando los gobiernos no son capaces de satisfacer todas las necesidades de la sociedad que presiden, es indispensable que el celo de los hombres generosos supla esta imperdonable falta; y si se agrega á sus esfuerzos el poderoso estímulo de la religion, suelen conseguir efectos maravillosos hasta que, cesando el objeto que vivifica la obra, viene naturalmente la corrupcion en pos de la indiferencia. Dirigia esta gloriosa expedicion el P. Fr. Juan Gil, procurador general, acompañado del P. Fr. Antonio de la Bella, ministro del convento de Baeza. Así que estos dos buenos religiosos llegaron á su destino, solicitaron el rescate de CERVANTES; pero su amo se obstinaba en no querer rebajar el precio de mil escudos en que lo habia tasado para doblar el importe de la compra. Cuatro meses se pasaron en tan odioso regateo: en este intermedio espiró el término del bajalato de Azan, quien habia entregado ya el gobierno á su sucesor Jafer-Bajá. Ya iba á salir del puerto con cuatro buques propios y siete de escolta; ya CERVANTES estaba amarrado á su banco y con el remo en la mano. Reflexiones, súplicas, empeños, apoyaron el último esfuerzo. El dia 19 de setiembre de aquel año recibió sus quinientos escudos de oro en oro de España, con mas nueve doblas de derechos para el cómitre y demas oficiales de la galera; mandó desembarcar á CERVANTES ya libre, y pocas horas despues navegaba hácia Constantinopla. El dinero destinado á CERVANTES no alcanzaba á cubrir la suma exigida: fué preciso buscar entre mercaderes doscientos veinte escudos, bajo la garantia de los religiosos, que nunca pudieron emplear mejor el crédito de su Orden.

Restituido CERVANTES á la libertad permaneció todavia en Arjel hasta fines de aquel año, agasajado de cuantos conocian sus bellas prendas. Solo su delator, el mencionado Juan Blanco de la Paz, que como casi todos los perversos aborrecia con preferencia á quienes mas habia

agraviado, puso en juego todas las artes que pudo sugerirle su infernal ingenio para desacreditar y perder á quien no habia podido asesinar. Temia tal vez que de regreso á España CERVANTES habia de descubrir su infame proceder, y trató de ganarle por mano á fin de que sus relaciones no fuesen creidas. Con este objeto se dedicó á esparcir voces denigrantes, y á recogerlas despues, seduciendo á varios cautivos y excitándolos á declarar en cierta informacion que intentó. Pero odiado como era, si la crédula docilidad de algunos pudo hacerle concebir alguna esperanza, solo encontró en los mas desprecio y resistencia. Despechado, pero no arrepentido, acudió á un medio de terror que en aquellos tiempos alcanzaba aun á los infelices cristianos que bogaban en las galeras ó trabajaban en las obras públicas en tierra de infieles. Arrogóse el título de comisario del Santo Oficio, con cédula y comision del Rey para ejercer allí sus funciones; presentóse al respetable Dr. Sosa para requerirle á que le reconociese como tal, y fué rechazado; to mismo exigió de los padres redentores, quienes le pidieron exhibiese sus despachos: no pudo hacerlo, porque no los tenia: todo era falso; la Inquisicion no tuvo la desgracia de valerse de un hombre semejante.

Sin embargo, era preciso rechazar un golpe que hubiera podido repetirse. Con este propósito provocó CERVANTES una informacion de testigos, que por fortuna existió original en el archivo general de Indias establecido en Sevilla. En este precioso documento dieron sus declaraciones los cautivos mas autorizados que existian entónces en Arjel, exponiendo los hechos que hemos referido, y justificando la virtuosa conducta de CERVANTES en medio de aquellos trabajos. En efecto, no perdió ocasion de alentar á los renegados medianamente predispuestos para que volviesen á sus antiguas creencias tímidamente abandonadas; trataba á todos con una gracia particular, que le conciliaba el afecto de cuantos le conocian; con lo poco que podia recoger socorria liberalmente á los mas necesitados, exhortaba á los pusilánimes, flacos y tibios, cumplia con los deberes de la religion, y componia versos, algunos de ellos sobre asuntos de piedad. Acaso á esta época deben referirse los romances infinitos de que habla él mismo en su *Viaje al Parnaso*.

Con este testimonio, que suplía con ventaja las perdidas cartas de recomendacion, vino CERVANTES lleno de seductoras esperanzas á besar las arenas de su patria y abrazar á su desconsolada familia. Su hermano Rodrigo, ascendido al grado de alférez, se hallaba sirviendo en las tropas que invadian el Portugal. Preparábase una expedicion sobre las islas Terceras, que apoyadas por la Francia y la Inglaterra negaban la obediencia á Felipe II y sostenian la pretension de D. Antonio, prior de Ocrato. CERVANTES creyó inocentemente que el mejor medio de adelantar en su carrera sería multiplicar servicios buscando ocasiones de distinguirse, y con esta idea se resolvió sin tardanza, no embargante su manquedad, á ofrecer su diestra, que vigorosa todavia y encallecida por los hierros podia muy bien esgrimir la espada.

Sirvió pues en las tres campañas de 1581 hasta 1585, y segun probables indicios concurrió á la accion naval del 25 de julio de 1582 en las aguas de la isla de San Miguel, y al sangriento desembarco verificado en la isla Tercera, en 15 de setiembre del año siguiente, á las órdenes de su antiguo general D. Alvaro de Bazan, marques de Santa Cruz; pero no tenemos noticias positivas de sus aventuras y hechos de armas en estas expediciones: solo sabemos que por aquellos tiempos fué enviado á Mostagan con cartas y avisos del alcaide de aquella fortaleza para Felipe II, quien le mandó pasar á Oran. Tambien con esta época debieron coincidir ciertos amores con una dama portuguesa, de quien hubo una hija natural llamada D.^a Isabel de Saavedra, que formaba despues parte de su familia, como se dirá.

Concluida la guerra con la reduccion de todas las posesiones ultramarinas pertenecientes á la monarquía portuguesa, y desvanecidas las probabilidades de fortuna por este camino, dejó CERVANTES el servicio militar y fijó su domicilio, despues de quince años de vicisitudes y adversidades.

O la ociosidad de su nuevo género de vida, ó el delibefado propósito de tomar el ejercicio de escribir como recurso para la subsistencia, fuéron parte á que con mayor ardor se dedicase al culto de las Musas, que habian sido las delicias de su primera juventud y el consuelo de sus quebrantos. Durante su larga ausencia habian hecho grandes progresos las letras castellanas; y en este movimiento de las inteligencias, aunque limitado y como encarrilado en direcciones parciales é incompletas, era ya mas difícil que la medianía obtuviese alguna tolerancia. Por entónces compondria su *Filena*, produccion de que no conocemos mas que el nombre, por lo que él mismo indicó incidentalmente mucho despues (10), sin que podamos por ello inferir su naturaleza, objeto é importancia. A fines de 1583 tenia ya concluida *La Galatea*, y solicitada la licencia para su impresion, que se verificó pasado el mes de agosto del año inmediato, despues del fallecimiento del insigne caudillo Marco Antonio Colonna, supuesto que en la dedicatoria á su hijo Ascanio, abad de Santa Sofia, se refiere ya á este suceso, dando así un testimonio de las gratas relaciones que habia conservado con sus favorecedores de Italia. Si es que CERVANTES escribió esta obra en el breve intervalo que medió entre su licenciamiento y la presentacion á la censura, esto sería una prueba bien relevante de su fecundidad.

Es *La Galatea* una novela pastoral, género que se habia hecho muy de moda en todas las naciones cultas de Europa, desde que la introdujo el napolitano Sannazaro con toda la lozania de su genio poético. Imitador de este fué en España el portugues Jorje de Montemayor, que ántes del año de 1562 habia publicado su *Diana* con tanto aplauso, que á muy poco salieron á la vez dos continuaciones de su mismo argumento, la una de corto mérito, compuesta por el salmantino Alonso Perez, bajo el título de *Diana segunda*, y la otra llamada *Diana enamorada*, por el valenciano Gil Polo, que compitió honrosamente con su modelo. Otras obras de la misma familia, que sería aquí ocioso enumerar, anduvieron en boga en aquella época, mereciendo sin embargo alguna mencion *El pastor de Filida*, de Luis Galvez de Montalvo, dado á luz en 1582, no tanto por sus dudosas bellezas, como por la influencia que pudo ejercer el ejemplo del autor sobre la resolucion que tomó su amigo CERVANTES de ensayar su pluma en una composicion bucólica.

Pero el público empezaba á fastidiarse por la abundancia de un género que sobre ofrecer limitados recursos, á fuerza de buscar la novedad iba extraviándose por caminos poco acomodados á la naturaleza. Por eso *La Galatea* no excitó grande entusiasmo, y la misma suerte cupo á otros poemas pastorales de fecha posterior, á pesar de la fama y verdadero mérito de sus autores. CERVANTES, que no solia despreciar los frutos de su ingenio, se mostró severo con su *Galatea* en el discreto expurgo de la librería de Don Quijote, librándola del fuego solo por misericordia y con la esperanza de enmienda en la segunda parte prometida. Su censor oficial la calificó de provechosa, de mucho ingenio, de galana invencion, de casto estilo y buen lenguaje. El censor tenia razon: la mayor parte de sus defectos consistia en el género, la mas pequeña en el autor que lo habia escogido sin encontrar todavia en estos primeros pasos la senda á que le llamaban las condiciones especiales de su privilegiada fantasia.

Prescindiendo de los resabios bastante frecuentes de afectacion y amaneramiento, el lenguaje es puro, elegante, armonioso mas bien que animado y correcto; algunos caracteres están bien delineados; muchos incidentes inspiran el mas vivo interes, y sobre todo la inventiva, este gran dote de CERVANTES, este órgano de su cerebro, como dirian los modernos, resalta allí magníficamente y sobresale entre todo lo demas. Pero esto no es bastante para disimular, ni la enmarañada complicacion de sucesos que siendo inconexos entre sí, embarazan, detienen, interrumpen y debilitan el curso de la accion principal, ni la inferioridad de ciertos versos, ni

(10) Tambien al par de Filis mi *Filena*
Resonó por las selvas, que escucharon
Mas de una y otra alegre cantilena.

(*Viaje al Parnaso*, pág. 597.)

la sutil metafísica amorosa explicada como en una cátedra, ni la poca conformidad de las condiciones con las costumbres de los personajes, que desvanece toda la ilusión de la verosimilitud. Por esto convienen casi todos los críticos en que *La Galatea* ocupa el último lugar entre las obras de CERVANTES, en el orden de perfección literaria.

Otros poetas intentaron disfrazar la sociedad con el traje de los pastores. CERVANTES quiso además retratar de intento á determinados personajes. Bajo los nombres del ya difunto Meliso quiso celebrar á D. Diego Hurtado de Mendoza; bajo el de Tirsi, Damon, Siralvo, Lauso, Larsileo y Artidoro, puso en escena á sus amigos Francisco de Figueroa, Pedro Lainez, Luis Galvez de Montalvo, Luis Barahona de Soto, D. Alonso de Ercilla, y micer Andres Rey de Artieda; y si el tiempo no hubiera consumido las memorias que se hallaban frescas entónces, aun describiríamos otras semblanzas, é interpretaríamos otras alusiones. Es opinión generalmente recibida que en esta fábula los nombres de sus dos principales actores, el enamorado Elicio y la discreta Galatea, encierran los de MIGUEL DE CERVANTES y de D.^a Catalina de Palacios, á quien á la sazón estaba el primero obsequiando con honestos fines.

En efecto, consta que en 12 de diciembre del mismo año 1584 contrajo CERVANTES matrimonio con D.^a Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, hija de Hernando de Salazar y Vozmediano, y de Catalina de Palacios, ambos de las mas ilustres casas de Esquivias. Se echa de ver que habia estrechas relaciones entre las familias de los desposados, por cuanto el padre de CERVANTES habia nombrado por albacea en su testamento á la D.^a Catalina, viuda ya, y madre de la que vino á ser despues su nuera. El domicilio conyugal se estableció en la misma villa de Esquivias, al parecer muy modestamente, pues ni la dote de la mujer ni los recursos del marido á otra cosa daban lugar. Era preciso aguzar el ingenio para atender á las nuevas cargas, y tanto la falta de ocupacion como la proximidad de aquel punto á la corte de Madrid, daban á CERVANTES frecuentes ocasiones para ir á activar sus pretensiones y cultivar sus amistades. Túvolas muy estrechas con los mas afamados ingenios de aquel tiempo, cuya benevolencia se habia ya granjeado por los elogios, á la verdad exagerados en su mayor parte, que acababa de prodigarles en el *Canto de Caliope*, inserto en el libro sexto de su *Galatea*. Concurriría probablemente á las academias particulares, donde sus amigos se juntaban á departir las cuestiones literarias del dia y á comunicarse el fruto de sus trabajos; y así fué que á varios autores que publicaron por entónces sus obras, dedicó algunos sonetos y composiciones laudatorias para poner al frente de aquellas, urbana costumbre y tributo recíproco, que él mismo recibió y pagó, pero que con sumo donaire supo despues ridiculizar en el prólogo de la primera parte del *Don Quijote*.

Pero esto no daba medios de subsistir, y aunque generalmente la industria de escribir era entónces aun mas estéril que en nuestros dias, habia ciertos ramos que daban algun mezuino producto, y uno de ellos era el teatro. La escena española estaba entónces aun en mantillas. Ni el artificio de Bartolomé de Torres Naharro, y sus secuaces Cristóbal de Castillejo y Juan de Malara, ni la cómica sencillez del insigne Lope de Rueda y su apasionado Juan de Timoneda, ni los esfuerzos de Fernan Perez de Oliva, Pedro Simon Abril y Fr. Jerónimo Bermudez, para inocular en sus contemporáneos el gusto á las formas clásicas, habian logrado formar un teatro verdaderamente nacional. Las reliquias de aquellos tiempos, preciosísimas para la historia del arte, como que señalan las huellas que dejó el ingenio español en su gloriosa carrera, no podian servir de guía segura. No podemos detenernos mas en el exámen de este punto, que fuera aquí digresion impertinente, y que en otra parte será, Dios mediante, oportuno objeto de investigacion: baste decir que Juan de la Cueva en Sevilla y Cristóbal de Virués en Valencia, tomaban un rumbo nuevo y allanaban el camino al gran Lope de Vega, corrompiendo en su mismo origen la obra que preparaban. El pueblo entusiasmado por la brillante novedad corria en tropel á los corrales de comedias, y CERVANTES, que escribia para

la subsistencia y para la gloria, se vió en el caso de contentar al pueblo que pagaba y que aplaudia.

Veinte ó treinta comedias, segun él mismo nos dijo despues, compuso en aquellos años; y por la notable incertidumbre con que se expresa sobre su número puede presumirse que en poco las estimaria. Sin embargo, ellas fuéron bien recibidas por representantes y espectadores, y sin ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza corrieron su carrera libres de silbos, gritas y baraundas. De la mayor parte de estas primeras comedias ignoramos hasta los títulos: conocemos los de *La gran turquesca*, *La batalla naval*, *La Jerusalem*, *La Amaranta ó La del Mayo*, *El bosque amoroso*, *La única y bizarra Arsinda*, que todas se han perdido, así como *La confusa*, que él tenia por la mejor, habiendo llegado únicamente á nosotros *El trato de Arjel* y *La Numancia*. No analizaremos estas producciones: por la relacion que tienen con la vida de nuestro escritor, diremos únicamente que en ellas erró segunda vez su vocacion.

Ocupaciones de otro género sobrevinieron á CERVANTES, que desapareció de la escena literaria por el espacio de cerca de veinte años. Pasemos rápidamente y como sobre ascuas por este período desagradable. Obligado por la negra necesidad aceptó el encargo de temporal comisario ó factor de provisiones para la armada; se trasladó con este motivo á Sevilla en 1588, prestó allí sus fianzas, desempeñó este cometido hasta 1592, y rindió sus cuentas. En el interin no descuidaba sus pretensiones, como que en 1590 solicitaba de S. M. un oficio de los que se hallaban vacantes en Indias, señalando particularmente la contaduría del nuevo reino de Granada, la de las galeras de Cartagena, el gobierno de Soconusco en Goatemala, ó el corregimiento de la ciudad de la Paz, pues con cualquiera de estos destinos se daba por satisfecho, apelando, como dijo él mismo, al remedio á que se acogian otros muchos perdidos en Sevilla, que era el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España. El Rey se sirvió decretar que no habia lugar, y que buscarse por acá en qué se le hiciese merced. Dando á esta promesa mas valor del que en sí tenia, volvió CERVANTES á Madrid en 1594, y todo lo que pudo conseguir fué otra comision del consejo de Contaduría mayor para la cobranza de ciertas cantidades, que procedentes de tercias y alcabalas reales debian varios pueblos del reino de Granada, que recorrió en efecto, realizando estos créditos con suma eficacia, aunque no sin dificultades. En 1595 tuvo que pasar á Sevilla con motivo de haber vuelto protestada una letra sobre Madrid de siete mil cuatrocientos reales, que habia remitido al tesorero general, y de cuyo importe se le hacia responsable; la quiebra del librador le puso en grandes apuros, de que salió sin mas perjuicios que el desagrado. En 1597, segun las cuentas formadas por las oficinas, resultaba contra CERVANTES un descubierto de dos mil seiscientos cuarenta y un reales, y por real provision se dió orden á un juez de Sevilla para que le prendiese y á su costa le enviase preso á la corte, á disposicion del tribunal de Contaduría mayor. Verificóse la prision, el encarcelado representó, y por buena composicion se le puso en libertad, bajo fianza de presentarse dentro de treinta dias en Madrid á rendir la cuenta y pagar el alcance.

Corazon muy duro es preciso que tenga quien no se sienta penetrado de lástima al ver á CERVANTES condenado á ocupaciones tan ajenas de su carácter, minuciosas, pesadas, capaces de yermar la imaginacion mas fecunda y de abatir los mas altos pensamientos. Léjos de su casa, sin fija residencia, sin los consuelos de su familia, atendido á una misera retribucion, luchando con la miseria de los contribuyentes, con las reclamaciones de las justicias y con las marrullerías de los arrendadores, sujeto á las caprichosas fórmulas oficinescas y á las estafas de los mercaderes de mala fe, mal agradecido por aquellos á quienes servia con el mayor esfuerzo que puede hacer el hombre, cual es el sacrificio de las propias inclinaciones, expuesto continuamente á ser encausado y perseguido por partidas dudosas, cuya tenuidad nos da vergüenza, CERVANTES debió sufrir extremadamente en esta época de su vida. ¡Oh! bien seguros estamos de que en medio de tanto fastidio y tanta humillacion, su ánimo altivo echaba de mé-

nos cada dia las húmedas mazmorras de Arjel, el duro trato de sus amos, el peligro de la vida, y aquella tarea incesante de combinar planes generosos, cuyo acicate era la esperanza y cuyo premio la libertad.

Interpretando ciertas expresiones vertidas en el *Viaje al Parnaso*, han creído algunos que por imprudencia suya ó rareza de genio habia dejado perder ocasiones de medrar que se le venían á la mano. Harto conocemos lo que significan estos amargos desahogos en un hombre que habia manejado negocios de cierta naturaleza. CERVANTES era honrado, era amante de su decoro, é incapaz de toda rastrera intriga; era ademas compasivo, dadivoso, maniroto, si se quiere, en su pobreza como lo fué en su cautiverio: estas serían sus culpas; Dios y los hombres se las perdonan.

Terminada su segunda comision, desempeñó algunas agencias de particulares, y en el año de 1598 se hallaba todavia en Sevilla, donde compuso su célebre soneto sobre el túmulo erigido en aquella catedral con ocasion de las exequias de Felipe II, así como dos años ántes habia escrito otro sobre el tardío socorro con que acudió á Cádiz el duque de Medina, despues del desembarco de los ingleses al mando del conde de Essex. Tambien desde el mismo punto envió á Zaragoza una glosa en alabanza de S. Jacinto, para concurrir al certámen que en celebridad de la canonizacion del Santo propusieron los padres dominicos del convento de dicha ciudad. La glosa de CERVANTES obtuvo el primer premio, lo cual nos da á entender que hubo de habérselas con pobres contrincantes. Resulta pues que en el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones, se dedicaba á literarios ejercicios, y todos los indicios se reunen para hacernos creer que por entónces escribió sus *Novelas*, las cuales, como composiciones de no muy larga extension, bien pueden caber en la brevedad de sus ocios. A pesar de su subalterna posicion, trató familiarmente con las personas mas distinguidas por su clase y su saber que existian en Sevilla, ciudad culta y poderosa, patria entónces como siempre de clarísimos ingenios. Allí vió morir al divino Herrera, cuya memoria honró con un soneto, y concurrió á las amenas reuniones tenidas frecuentemente en el estudio del amable pintor y poeta Francisco Pacheco, quien sacó su retrato entre los muchos de personas eminentes, que tuvo la laudable curiosidad de recoger.

Desde fines de 1598 hasta principios de 1605 solo nos quedan de CERVANTES tradiciones, que si bien generales y constantes, no se apoyan en documentos conocidos: falta tanto mas sensible cuanto mas interesante seria saber las circunstancias que le dieron ocasion é impulso para escribir su libro inmortal: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Sobre que en la Mancha estuvo por aquellos años, todos se hallan acordes; y de que allí recibió algun desahogado en cierto pueblo, cuyo nombre recordaba con repugnancia, dan testimonio algunos pasajes de su obra. Pudo muy bien haberse trasladado á aquel pais, acogiéndose al amparo de algun pariente, entre los muchos y muy ilustres que por allí tenia; pudo tambien haber ido á desempeñar alguna comision, ya que este modo de vivir habia abrazado. «Unos aseguran (dice Navarrete) que comisionado para ejecutar á los vecinos morosos de Argamasilla á que pagasen los diezmos á la dignidad del gran priorato de San Juan, fué atropellado y puesto en la cárcel; otros suponen que esta prision dimanó del encargo que se le habia confiado relativo á la fábrica de salitres y pólvora en la misma villa, para cuyas elaboraciones echó mano de las aguas del Guadiana, en perjuicio de los vecinos que las aprovechaban para el riego de sus campos; y no falta, en fin, quien crea que este atropellamiento acaeció en el Toboso, por haber dicho CERVANTES á una mujer algun chiste picante, de que se ofendieron sus parientes é interesados.» La fama de quisquillosos y linajudos de que gozaban los pueblos de aquel distrito, la tradicion que todavia subsiste en Argamasilla de que en la casa llamada de Medrano estuvo el encierro donde permaneció CERVANTES padeciendo largos trabajos, y la expresion del mismo, confirmada por otra de Avellaneda, de que su libro fué engendrado en una cárcel, donde toda inco-

modidad tiene su asiento, dan lugar á una multitud de conjeturas, que en vano se ha pretendido apurar. Si lo que se refiere tiene, segun parece, algun fundamento, es preciso confesar que no se ha visto jamas en el mundo mas graciosa ni mas discreta venganza. Acaso esto mismo habrá contribuido á que creyéndose alguno aludido en su persona ó en su familia por esta ó aquella expresion del *Don Quijote*, haya procurado ocultar los documentos que podian hacerle ridículo ú odioso. Por lo que á nosotros toca, deponemos todo resentimiento por aquella dichosa prision que tanto gusto y entretenimiento ha dado y dará aun al género humano, y el mismo CERVANTES quedaria agradecido á sus molestos perseguidores, en vista de la inmortalidad que inocentemente le granjearon.

Se hallaba establecida la corte en Valladolid desde el año de 1600, y andaba todavia á vueltas el fastidioso expediente del supuesto descubierto de CERVANTES por resultas de las cuentas de sus cobranzas. Un informe que accidentalmente dieron en enero de 1603 los contadores de relaciones á la Contaduría mayor, iba á remover el asunto, dando lugar á nuevas vejaciones, cuando CERVANTES, sabedor acaso de esta novedad, se presentó en Valladolid á dar sus descargos, que sin duda fuéron satisfactorios, supuesto que habiendo residido en la corte y á vista del tribunal hasta el fin de sus dias, no volvió á ser molestado bajo el concepto de deudor á los caudales públicos. Disponia entónces á su arbitrio de la Monarquía el famoso duque de Lerma, gran valido de Felipe III, que segun las quejas de los contemporáneos y la visible decadencia del poderio, riqueza y cultura de la nacion, usó de su privanza en provecho propio mas que en el comun. En vano se esforzó CERVANTES en exponerle sus servicios para conseguir la apetecida recompensa: aquellos eran ya muy antiguos, y esta se guardaba solo para lisonjeros y paniaguados. El Duque, ambicioso de enlazar su familia con las mas esclarecidas del Reino, casó á su hijo segundo D. Diego Gomez de Sandoval con D.^a Luisa de Mendoza que, como inmediata sucesora del título del Infantado, llevaba el de condesa de Saldaña. Al nuevo Conde pues, que, segun parece, era aficionado á la poesia, dirigió CERVANTES una oda, que por primera vez sale al público inserta en la presente coleccion; pero ni por este medio alcanzó el merecido favor, y aseguran que fué recibido con despego por aquel orgulloso ministro.

Desalentado CERVANTES por este camino, y tratando de publicar la primera parte del *Don Quijote*, que acababa de escribir, se vió en la necesidad de buscar algun Mecénas poderoso, que, segun se decia en la fraseología de la época, amparase la obra y la pusiese á cubierto de los tiros de la envidia. D. Alonso Lopez de Zúñiga y Sotomayor, sétimo duque de Béjar, era uno de los magnates que por aquel tiempo hacian gala de proteger las letras y honrar á los autores, si bien no siempre con buena eleccion y discernimiento. Rehusando el Duque la dedicatoria, ciñóse CERVANTES á suplicarle se dignase oír un capítulo, y fué tanto lo que su lectura regocijó á los asistentes, que no le dejaron parar hasta el fin de la obra. Tanto fué menester para aceptar un obsequio que habria llenado de orgullo al mas indiferente. Esta proteccion duró muy poco, siendo de notar que CERVANTES no dedicó al mismo Duque, que aun vivia, la segunda parte del *Don Quijote*; ni volvió á mentarle en sus escritos. Atribúyese esto á la influencia de un religioso entremetido que mangoneaba en casa de los duques, y que se empeñó en desacreditar á CERVANTES, hasta privarle de una acogida que miraba con los celos de un estúpido.

La primera parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* salió á luz publicada en Madrid á principios de 1605. ¿Qué diremos de este esfuerzo del humano ingenio, de este libro asombroso, que ha sido durante mas de dos siglos la admiracion del mundo, la envidia de las naciones extranjeras, el recreo del vulgo, la medicina de los mal humorados, y el repertorio inmenso de todas las gracias de la conversacion? Las prensas no cesan de reproducirle en todas partes, los doctos y los indoctos no se cansan de leerle, los hombres mas eruditos lo analizan y lo comentan, unos entusiasmándose por sus perfecciones hasta la idolatría, otros

rebuscando sus defectos, que los tiene sin duda, y parece que están allí para abonar sus bellezas, supuesto que á pesar de ellos la obra no deja de ser el modelo mas cabal. En hora feliz concibió CERVANTES su gran pensamiento, tomó la pluma y la dejó correr libre y sin trabas, arrebatado por el impulso de su impetuosa imaginacion. Nada era capaz de detenerla; si tuviéramos el manuscrito, halláramos en él pocos borriones. Olvidaba muchas veces lo que habia escrito, y caia en contradicciones y anacronismos; tropezaba con una dificultad de lenguaje, y saltaba por encima, sacrificando la correccion á la enerjia ó á la gracia; le convenia variar el plan, y tomaba otro rumbo con el mas gentil desenfado: así como su héroe, dice Clemencin, erraba por llanos y por montes, sin llevar camino cierto, en busca de las aventuras que la casualidad le deparaba, del propio modo el pintor de sus hazañas iba copiando al acaso y sin premeditacion lo que le dictaba su lozana y regocijada fantasia. Pudiera aplicársele, observa el Sr. Quintana en su *Vida inédita*, el dicho de Mengs al ver el cuadro de las *Hilanderas* de Velazquez: «Esto no está pintado con la mano, sino con la voluntad.»

Es que CERVANTES en esta ocasion, habiendo acertado con la horma de su ingenio, estaba lleno de su asunto, y tenia trazada en su mente, con rasgos precisos, firmes é indelebles, la originalísima figura de su héroe, de aquel loco amable é interesante, cuyas manías es necesario perdonar y aun aplaudir, en gracia de su generosa intencion. A su lado presenta el mas bello contraste la peregrina concepcion del buen escudero Sancho Panza, segundo personaje de la fábula; y la diversidad de los caracteres, la amenidad de las descripciones, la viveza del diálogo, la oportuna verdad de los conceptos, la artificiosa naturalidad (si es lícito decirlo así) de la narracion, el inesperado desenlace de los sucesos intrincados, hacen desaparecer todos los lunares á los ojos del lector suspenso en la deliciosa lectura de un libro que no tuvo ántes modelo, ni copia despues.

Hemos dicho la causa ocasional de la concepcion del *Don Quijote*; pero esta pudo solo influir en darle patria y lugar para sus hazañas: el fin, la verdadera intencion de la obra fué mas alta, fué eminentemente moral. La lectura de los libros llamados de caballerías, epopeyas informes y desatinadas, que trañan su origen de la ruda ignorancia de la edad media, tenían trastornadas muchas cabezas. Era grande en todas las clases la aficion á su lectura, que lejos de elevar los sentimientos é ilustrar á la sociedad, contribuia poderosamente á fomentar la credulidad y la supersticion, á confundir el valor racional con la antojadiza temeridad, á inspirar ideas equívocas sobre los deberes del hombre, y aun á corromper las costumbres, dando lugar á quimeras y locos devaneos, de que se seguian graves daños tanto á las familias como á la república. Todas las representaciones de las cortes del Reino, todas las disposiciones del gobierno, todo el esfuerzo de los hombres eminentes, que como Luis Vives, Alejo Venegas, Benito Arias Montano y otros, habian déclamado contra tales libros, no hubieran logrado desterrarlos, si CERVANTES, echando mano de la irresistible arma del ridículo, que tan diestramente manejaba, no los hubiese arrojado para siempre á la sima del olvido que merecian. Jamas obra alguna logró triunfo mas completo. Tres años ántes de su aparicion se publicó la *Crónica de Don Policisne Boecia*; despues de este acontecimiento literario, no hay ejemplar de que se imprimiese en España libro alguno de caballerías, hasta que en los tiempos modernos se ha reproducido uno que otro, no como pábulo de lectura entretenida, sino como objeto de curiosidad literaria.

El ingenioso hidalgo fué recibido por el público con el aplauso que merecia, como que en el primer año salieron cuatro ediciones: dos en Madrid, ambas por Juan de la Cuesta; una en Valencia, por Pedro Patricio Mey, y otra en Lisboa, por Jorje Rodriguez. Un tal Francisco Robles fué, segun parece, quien compró á CERVANTES el privilegio; y atendido un éxito tan brillante y la necesidad del autor, es de creer que hizo una pingüe negociacion. Esta popularidad aumenta las improbabilidades de la especie que anduvo muy válida y acreditada en el siglo último, de

que pesaroso CERVANTES al ver que su obra no obtenia el despacho que esperaba, hizo imprimir subrepticamente un papel anónimo con el título de *Buscapié*, en el cual llamó la atencion del público, dando la clave de las misteriosas alusiones esparcidas en su narracion. Segun esto, el objeto del libro variaba de todo punto, supuesto que sus personajes no serian puramente imaginarios, sino caricaturas del emperador Carlos V y otros sugetos importantes de su corte, en cuyas empresas y regocijos reinaba á la verdad cierto espíritu caballeresco, que podia muy bien prestarse á la sátira. Pero nada confirma semejante hipótesis, y hay muchas razones que la contradicen y destruyen. Siempre CERVANTES, especialmente en el *Don Quijote*, habló con sumo respeto y formalidad de aquel gran monarca, hasta darle el nombre de *invictísimo*, pecando contra la gramática por esforzar el epíteto. No pudo pues ridiculizar á quien tanto encomiaba; y faltando conocidamente el motivo que se supone, no es de creer que un hombre tan cómedido como CERVANTES quisiese exponerse gratuitamente á los peligros de una publicacion que hubiera podido costarle sinsabores de mas de un género. Pero una persona respetable aseguró á D. Vicente de los Rios que habia visto un ejemplar del *Buscapié* en poder del conde de Saceda; hecho que, sin ofensa de la veracidad del aseverante y sin menoscabo de la sana crítica, puede explicarse (observa Clemencin) por el artificio de algun escritor para iludir al Conde, que era rico y goloso en la materia. «Mas difícil era, añade, contrahacer la edicion primitiva de la gramática de Antonio de Lebrija, y se contrahizo en este siglo pasado: el *Buscapié* no tenia que temer comparaciones ni cotejos (*).»

Del entusiasmo público no participaron algunos escritores, ya por los celos del oficio, ya por la creencia de hallarse comprendidos y señalados en las censuras literarias vertidas incidentalmente y como de paso en el *Don Quijote*, ya en fin por efecto de estas malas tentaciones á que nos hallamos propensos sin poderlo remediar los que nos dedicamos á este ejercicio. Entre tales murmuradores deben contarse D. Luis de Góngora, introductor del culteranismo, que empezaba entónces á inficionar nuestra literatura, el Dr. Cristóbal Suarez de Figueroa, traductor del *Guarini*, autor de la *Plaza universal de ciencias*, hombre excéntrico, como ahora diríamos, en la sociedad donde vivia, y el escritor petulante que algun tiempo despues, segun veremos, se disfrazó bajo el pseudónimo de Alonso Fernandez de Avellaneda. Era este conocidamente uno de los ciegos admiradores del gran Lope de Vega, al cual iban sin duda dirigidas las discretas observaciones del canónigo de Toledo, en el capítulo XLVIII de la primera parte de *Don Quijote*. Del mismo Lope hay indicios de resentimiento, que algunos se empeñan en negar, mas por mucho que nos lastime el ver á dos hombres tan eminentes descender de su altura para confundirse en el campo de las vulgares miserias, es fuerza confesar que hay en ello algo de verdad, y que, si no hubo rompimiento, hubo desvío. ¿En qué punto debieron encontrarse los dos, caminando por distintos senderos hácia la cumbre de la gloria? Es verdad que quisieron recíprocamente invadir el patrimonio que la naturaleza les habia señalado. Quiso CERVANTES escribir comedias, y cayó en un punto mas abajo de la medianía; quiso Lope escribir novelas, y apestó. En la vida de este último entraremos en mas pormenores sobre esta curiosa rivalidad.

Pocos meses despues de publicado el *Don Quijote* ocurrió á CERVANTES un disgusto que debió acibarar por algunos dias su existencia. No parece sino que una tenaz fatalidad le andaba persiguiendo sin cesar por todas partes. Permanecia en Valladolid con alguna tranquilidad en el seno de su familia, compuesta de su mujer, de su hija natural, de su hermana viuda doña

(*) Desde que escribimos la presente *Vida* no ha variado nuestra opinion en punto á la existencia del *Buscapié*, á pesar de haberse publicado el año pasado de 1848 en Cádiz un libro de este título, con eruditísimas y abundantes notas, por D. Alfredo de Castro, quien lo encontró, no impreso como se suponía, sino copiado de mano, entre los papeles que adquirió de un curioso. No es este lugar de exponer los fundamentos que tenemos para pensar así, de conformidad con otras personas mas inteligentes. Baste decir que la invencion no corresponde al ingenio de CERVANTES, aunque en el lenguaje se trató de remediarle, y que algun descuido cometido por el verdadero autor, colocando la escena, ya en Madrid, ya en Valladolid, descubrió la incertidumbre con que escribía.